

# Intensidad desnuda

Por Alberto Ruy Sánchez

La prosa que escribió Ramón López Velarde para ser publicada en periódicos de la provincia mexicana durante la segunda década de nuestro siglo no era la de quienes compartían con él las páginas de aquellos diarios. Y no se trataba solamente de que la suya fuera una prosa de poeta. Había en toda su tentativa de narrador algo que la hacía a la vez más firme y más profunda: sus breves notas están escritas por alguien que establece con lo que escribe una relación de desnuda intensidad.

Sus palabras se concentran al hablar de la experiencia de lo terrible en la vida cotidiana como de la belleza más simple. Y no pocas veces es precisamente la belleza una compuerta que se abre hacia lo terrible. Porque en las frases con las cuales provoca misteriosas apariciones femeninas se escucha el vacío y el eco tenue de un abismo. La prosa de López Velarde está escrita con las maneras de un conversador cuya formalidad y discreción se desgarran con frecuencia dejando asomar una piel sensible y herida.

Sus breves textos pretenden ser crónicas. Y lo son, pero no tan sólo en el sentido periodístico. Esas crónicas poéticas forman parte de un pequeño universo, más profundo que extenso, cuyos minutos se rigen por una especial concepción del tiempo. El tiempo es la tiniebla pausada de la vida, el río donde fluye el tedio crónico: el *spleen* de Baudelaire reencarnado, no en París sino en el mundo literario creado por López Velarde y que él llama «la provincia». En una de esas crónicas, titulada «El reloj», se resume ese sentido del tiempo diluido en dosis diferentes a lo largo de todos los textos: «Su campana [. . .] subraya lo mismo la hora matinal de las nupcias que la hora gris de los entierros provincianos. [. . .] Grave es la fisonomía del reloj porque su ciencia, de amargura y desencanto, compendia la melancolía de muchos minutos anegados en el cauce tenebroso del tiempo. Del anticuado reloj caen las horas, en un temblor sonoro que habla de otras vidas, y se abaten sobre las copas de los árboles, sobre los humildes tejados y sobre las piedras lisas del arroyo. Frente al reloj vive una doncella, flor de la provincia que espera marchitarse en el

tedio de su casa y en la aridez de su espíritu sin haber siquiera vislumbrado la silueta del amado, en el sendero que se dibuja hacia el sur. . .»

Tanto Xavier Villaurrutia como Octavio Paz han señalado con abundancia las similitudes y diferencias que afirman o niegan el parentesco de Ramón López Velarde con Baudelaire. Éste, sin duda, es mayor en su prosa. Pero lo que a mí me parece más interesante no es tanto la exactitud de esa filiación sino el hecho de que López Velarde abre de nuevo un espacio en la literatura mexicana para la prosa poética que explora intensidades. No es el primero ni el único, pero sí es quien lo hace con más fidelidad a la vocación de abismo que anida, desde Baudelaire, en la prosa de intensidades. Visto así, López Velarde podría ser un vínculo entre cierta tradición de la prosa de intensidades y la generación que más la frecuentaría posteriormente: la generación de «Contemporáneos». El mismo Xavier Villaurrutia, con muchas otras influencias de por medio sin duda, haría de su breve novela en prosa poética, *Margarita de niebla*, una crónica inocente (provinciana) abierta a los abismos del sueño. Y otro escritor notable pero muy olvidado, quien tanto Xavier Villaurrutia como José Gorostiza consideraban el mejor narrador de «Contemporáneos», José Martínez Sotomayor, desarrolla su bellísima novela poética *La rueda de aire* como el intenso y mágico desencanto de la vida provinciana, del tedio crónico, en los ojos de una niña enamorada. El olor a humedad e incienso de López Velarde huele aún en esos relatos que son ya nuestra modernidad literaria. ♦

